

muchas veces sorprendente e incomprensible, porque una cosa son las fantasías personales, necesariamente perecederas y otra los colores, los dibujos y las imágenes que el dibujo y el color puedan realzar hasta sublimarlas, engrandeciéndolas, pero no hasta el punto de dejar de ser ellas, desapareciendo los cuerpos sin dejar más que las cenizas informes e irreconocibles, sobrepasando las técnicas y las interpretaciones goyescas hasta perderse en el mundo de los sueños la idea de toda realidad.

No pareciéndole bien clasificarse como pintor manchego, la realidad es que en este libro se nos muestra no solo como manchego, sino alcazareño neto, o sea manchego del Corazón de La Mancha y no solo por lo de Los Anchos sino porque todo lo que no se refiere a ellos y aparece innominado, es San Francisco o Santa María, siquiera haya que suponerlos como se deduce el paso de un aparato de reacción, por la estela que va dejando en el espacio. Bien es verdad que para quien los conoce y puede sentirse conmovido ante ellos, la tenue imagen de esas paredes solitarias con albardillas de carrizos y trozos de zarzos viejos que se confunden sin embargo con una atmósfera brumosa como si llegaran al cielo, tienen unos matices tan quijotescos que fácilmente se intuye al caballero rondando por sus alrededores a las altas horas, que son las de la ilusión y las de los sueños. Hay en ellas una base real de leyenda, como la hay en la laguna de Las Yeguas donde el anhelo de superación o depuración no ha deslumbrado tanto a nuestro ilustre pintor que nos haya convertido nuestro campo en nubes impenetrables, unas veces grises y otras coloreadas por descomposición de los rayos solares que las penetran. Eso mismo parece suceder con las desconcertantes figuras que a veces aparecen en los cuadros como si las nubes mismas las hubieran formado en las irregulares formas de su continuo rodar por el espacio.

En Los Anchos, las parcelas cultivadas toman movimiento, se superponen, se ocultan unas a otras y se hacen sombras o se esfuman y desaparecen a la vista del observador. Se establece como un oleaje en el mar de tierra que toma las irisaciones de las aguas heridas por la luz solar. Poco les falta a estos lienzos de tierra para levantarse como casas y poblar Los Anchos de paredes bajas con albardillas de pajones o albardín, dejando fosas profundas como necrópolis en excavación.

El sentimiento del artista si es verdadero se hace transmisible, es decir ha de hacernos participar de su emoción con su difícil facilidad como pasa en el lienzo de 1967 donde hay un contraste de luces y sombras de trazos nítidos impresionante y maravilloso, en contra de lo que pasa con algunos conglomerados de figuras que parecen montones de cepas. Es así mismo notable el pueblo, que es Alcázar, visto desde la Veguilla de Palacio, que no es la menos afortunada veguilla de Consuegra que figura en otro lienzo, si bien adolece de esa tendencia a querer escaparse de lo real o volatilizarlo o dejárnoslo adivinar entre nieblas y turbideces mas o menos densas.

La picasiana figura de la vendimia es un acierto en ese estilo teratológico, aunque no sirva para glorificar una obra, como tampoco las demás figuras en las que se promiscuan las representaciones y sus tendencias, como la figura nocturna que rechaza cuanto pretende atraer.

Esta mera impresión de lectura, sincera y leal, debe completarse con el testimonio de admiración y aplauso al muchacho que se sobrepone a toda clase de dificultades y